

**Una tarde con Voltaire**  
**o el viaje sin retorno**

*Las dudas son más crueles*

*que la peor de las verdades.*

**Molière.**

Extraña situación nunca antes vivida este confinamiento obligado por culpa de un “virus con corona”.

Sin ninguna fórmula mágica contra el aburrimiento intento cubrir los ratos muertos de esta existencia de recluso. Despliego sobre la alfombra los discos y libros del estante con la excusa de limpiar el polvo acumulado por el paso del tiempo, ese tiempo perdido que ahora sobra.

Me asombra pensar que tocarse los pies o rascarse los sobacos cobra en estos momentos otro significado; más profundo, más... como diría yo, poético si cabe.

Rebusco entre la hojarasca y me deslumbra el brillo de alguna que otra perla. Por fin mis pupilas se dilatan y recobro la visión. Cada vinilo, cada libro preferido, hace que viaje al pasado. Una playa, una ciudad, un olor, un sabor. Un instante ya vivido o imaginado.

Es el momento en que, la sala de máquinas empieza a funcionar y mis dedos no dejan de teclear. Aún sin mucho sentido, sin ningún contenido, la imaginación rompe su cautiverio y vuela alto buscando calmar su sed.

Juan se encontraba nervioso, era su primer trabajo.

Recién acabada la carrera de psicología iba hacer las prácticas en un psiquiátrico, pero una llamada inesperada al móvil le cambió los planes. Una voz de mujer preguntaba por él:

—Hola buenas, ¿es usted Juan Antonio Carmona?

—Sí, ¿quién es? —contestó.

—Le llamo de la residencia “En el jardín del ocaso”. Estamos buscando personal para cuidar de nuestros ancianos. Sus datos nos lo ha facilitado la facultad de psicología en la que ha acabado graduándose y, parece ser... su perfil encajaría perfectamente en nuestra plantilla.

— ¡Ah! —exclamó Juan.

— ¿Estaría conforme en acercarse mañana por la mañana a nuestras instalaciones? Le realizaríamos una entrevista más en profundidad.

—De acuerdo, ¿a qué hora les vendría bien?

—A las nueve. Calle Bienvenidos al cielo s/n°.

—Ok, allí estaré.

Después de colgar Juan miró a través de la ventana. A pesar de ser las once de la mañana el sol apretaba con fuerza. Era la tercera o cuarta ola de calor por culpa del aire sahariano que se colaba en la península, algo inusual para estas fechas del año —tan solo acababan de pasar el solsticio que coincidía con su santo—. La mierda del cambio climático cada vez era más evidente.

Sin poder evitarlo, sentía el fastidio de no poder disfrutar a tope de las noches de verano —en el supuesto que consiguiese el trabajo, claro—, eran las mejores y más divertidas del año.

La entrevista fue bien, las condiciones laborales eran aceptables con un sueldo más que razonable. Le pedían si podía empezar ese mismo día en el turno de tarde —aceptó sin poner ningún pero—, no podía permitírselo.

Era una residencia exclusiva, con unas instalaciones modernas y funcionales: comedores amplios, salones de recreo, jardines bien cuidados, gimnasio, y piscina.

—Todo lo necesario para que las personas mayores se sientan totalmente reconfortadas —había dicho la jefa de personal, una morena de ojos negros y pestañas como abanicos llamada Asunción.

Su voz le sonó tan cálida como cuando habló con ella por teléfono.

Juan comió poco, decidió no fumarse el peta de la sobremesa. Quería tener todos sus sentidos en orden.

Vivía en un piso de estudiantes que compartía con Elvira y Alberto —compañeros de la facultad—, era el último mes de alquiler, luego cada uno se buscaría la vida. Él había previsto volver con sus padres, pero esta oportunidad de trabajar le abría el camino para poder vivir independientemente —de momento.

La relación con Elvira no era la misma desde que se acostaron juntos. Es lo primero que se juraron no hacer cuando comenzaron a vivir. Fue inevitable, después de una tarde noche de pintxos y tragos por la parte vieja de la ciudad todo fluyó con naturalidad, acabaron en el cuarto de ella follando como leones. Cuando despertó le dolía la

cabeza, ella seguía dormida. Se levantó con sigilo y abandonó la habitación a hurtadillas. Se dirigió a la cocina, tenía la boca seca, quería beber agua.

—Buenos días —le sobresaltó la voz de Alberto que estaba sentado en una silla con los codos apoyados en la mesa desayunando tostadas con café.

— ¡Joder! Qué susto —masculló Juan.

—Ni que hubieras visto un fantasma, tienes café recién hecho —le dijo esbozando una sonrisa.

Juan intuyó que la expresión de Alberto era como diciendo: ¡la cagaste Burt Lancaster! Pero como siempre no dijo nada, era una persona leal y discreta.

A Elvira la tocata y fuga de Juan le sentó como una patada en los ovarios, lo que más le dolió fue su indiferencia, como si nada hubiera pasado. Ni un solo comentario de lo sucedido.

No es que ella estuviese locamente enamorada de él —intentaba reflexionar Elvira— pero era evidente que existía una atracción mutua y, Juan no había estado a la altura evitando cualquier tipo de conversación.

Salió de casa y cogió el autobús de línea. Durante el trayecto los pensamientos se agolpaban en su cabeza: tenía que llamar a sus padres, le debía una explicación a Elvira, no había colgado la ropa de la lavadora... Pero, en lo que más ocupaba la mente era la sensación de que algo raro había en la residencia de ancianos y no sabía el qué. Intentó borrarlo de su cabeza, se acordó del consejo de su padre; fue antes de decidirse qué carrera estudiar. Siempre, desde pequeño, le había apasionado la historia y el arte.

—La decisión es tuya —le había dicho su padre—, pero piensa en la poca salida laboral que tienen ese tipo de licenciaturas.

Al final cedió a medias y se decidió por algo intermedio, ahora parecía que podía empezar a recoger sus frutos.

El autobús se detuvo. Juan se bajó, era la parada más próxima a la residencia. Caminó doscientos metros hasta encontrar una puerta trasera destinada al personal interno.

Entró y allí le esperaba la encargada del turno de tarde con el uniforme de trabajo doblado en las manos.

—Hola buenas, supongo que serás Juan, yo me llamo María —dijo la chica.

Él aturdido afirmó con la cabeza. María le plantó dos besos, olía a cítricos y hierba fresca. Parecía la rubia de los Ángeles de Charly.

—Ven conmigo te mostraré los vestuarios, son unisex.

— ¡Unisex! Como los de Ally Mc Beal —dijo intentando ser gracioso.

Ella le mostró una sonrisa algo forzada, estiró sus brazos y le entregó la ropa.

Entraron en el vestuario, dos chicos altos y con músculos de gimnasio charlaban animadamente con una chica de pelo rapado y silueta de anuncio light.

Se encontraban en ropa interior a punto de cambiarse.

Al verlos es cuando cayó en la cuenta. ¡Todo el personal de la residencia parecía sacado de un puto desfile de moda!

Se preguntó si encajaba en ese perfil, siempre se le habían dado bien las tías pero no era ni mucho menos un cuerpo Danone, sino un tirilla más flaco que un galgo, con melena despeinada y aspecto desaliñado en plan grunge.

—Buenas chicos este es Juan, empieza hoy —María hizo las presentaciones.

La mujer anuncio se llamaba Magdalena, los cachas Pedro y Pablo. Juan pensó en los Picapiedra, luego en la Última cena de da Vinci «solo faltaba que el director del centro se llamase Jesús» pensó.

Estuvieron charlando un rato de las tareas a realizar, el curro parecía fácil. Ellos solo se dedicaban a entretener a los ancianos: dar conversación, realizar juegos, ejercicios físicos, etc. Luego aparte se encontraba el personal médico, de comedor y los de limpieza.

María le asignó un solo paciente.

—Hoy cuidarás de Francisco, catedrático de la universidad de Salamanca ya jubilado. No creo que te aburras es un octogenario con la mente muy lúcida, tiene una imaginación desbordante.

Magdalena se acercó y se ofreció acompañarle.

—A esta hora suele estar en el porche que da al jardín.

—De acuerdo —dijo amablemente Juan.

Se dirigieron por un largo pasillo; mientras, Magdalena le explicaba donde se encontraban los diferentes espacios de las instalaciones: a la izquierda estaba la sala de relax, destinada a los empleados.

—Solemos hacer un descanso a media tarde —le indicó—. En la planta baja tenemos la piscina y las saunas.

Llegaron al fondo del pasillo, detrás de las puertas acristaladas se veía a las personas mayores jugando a las cartas, viendo la tele, y alguna que otra leyendo. Torcieron a la derecha y salieron al porche. En todo el trayecto ella no había parado de hablar, a él le pareció muy atractiva, con ese rapado militar la simetría de su cara se hacía evidente y su cuerpo era un tributo a la diosa Afrodita.

Magdalena lo encontró, estaba adormilado.

—Buenas tardes Francisco —dijo Magdalena en un tono alto lo que provocó sacar de su letargo al viejo.

—Aquí le traigo al nuevo cuidador, se llama Juan. Pórtese bien y no sea malo con él, ¡eh! —exclamó Magdalena.

El anciano dio la vuelta en su silla de ruedas hasta que se encontró con sus caras, tenía miles de arrugas en la suya, pero unos ojos vivarachos con ganas de seguir viviendo. Sobre las piernas reposaba un libro de Virgilio.

—Es un placer verla mademoiselle Madeleine, buena planta y corta edad parece tener el caballero. ¡Quién las pillara! —sugirió con nostalgia.

—Usted siempre tan zalamero; buena suerte a los dos —dijo Magdalena despidiéndose.

—Muy bien joven, sabrás que ha habido grandes Juanes en la historia. Proviene del hebreo, “el fiel a dios”. El mío en cambio es de origen germánico de la tribu de los francos, significa hombres libres. Aunque mi nombre completo es François-Marie Arouet —lo pronunció en un francés exquisito—, más conocido como ¡Voltaire!

A Juan le costó asimilar la información, cuando al fin comprendió la chifladura del viejo decidió seguirle la corriente, parecía entretenido.

—Me llamo Juan Antonio Carmona, un placer conocerlo maestro —le tendió la mano a modo de saludo—. He leído algo de su obra.

—Si no te importa tratémonos de tú, la conversación será menos encorsetada y, además me olvidaré que te triplico la edad.

—No sé si podré con tan ilustre persona, pero lo intentaré —dijo Juan.

— ¿En verdad eres fiel a Dios? —pregunto incisivo como si su nariz afilada se clavara en los pensamientos de Juan.

—Creo que no, más bien me considero ateo... Aunque he de confesar que en ciertos momentos mis pensamientos se inclinan hacia un ateísmo agnóstico —reflexionó Juan.

—Crees que no, o sea, dudas.

—Bueno sí, la razón me obliga a pensar que no existen dioses ni divinidades. Luego el pánico del ser humano a la muerte me hace dudar que pueda haber algo más después de esta vida.

—Interesante reflexión para tan corta edad ¡imagínate hacia dónde pueden ir mis conjeturas con la mía! — formuló la pregunta retóricamente sin intención de obtener respuesta y siguió hablando—. Me centraré en el pensamiento empírico de John Locke y sus ideas simples y complejas basadas en la experiencia. Todo lo que las supera son solo simplemente hipótesis. ¡No aceptaré nunca el fanatismo ni la intolerancia religiosa! —terminó la frase señalando con el dedo índice al aire y levantando la voz.

—Parece que va de Juanes la cosa. Conozco a Lucke y su “Ensayo sobre el entendimiento humano”. Echa por tierra parte del racionalismo de Descartes y la teoría de las ideas innatas... Tal vez me resulta más interesante Lennon, también de origen inglés, de la ciudad de Liverpool para ser más concreto, John Lennon y su Imagine —dijo Juan en tono burlesco, que el viejo no pareció captar.

— ¿John Lennon? No conozco nada de su obra, lo intentaré buscar en nuestra excelsa biblioteca, pero... Salgamos al exterior y cultivemos nuestro jardín —dijo alegremente.

—Bien traída esa frase final de su Cándido. Una caricatura de las ideas utópicas de Leibniz —dijo Juan.

—Te veo puesto en la materia. ¡Oh!, sí, el bueno de Cándido y su preceptor el gran metafísicoteologocosmonoligo Pangloss.

—Es usted el maestro de la ironía. ¡Perdón!, eres.

—Es la mejor arma contra los necios, aunque a causa de ella mis huesos hayan acabado dentro de una celda de la Bastilla en más de una ocasión.

— Todo tiene su precio.

—Tienes razón —asintió Voltaire—, “todo tiene su precio” y a veces la libertad de pensamiento no sale gratis. De todas maneras, no nos pongamos trascendentales y hablemos de cosas más triviales.

— ¿Te gusta el vino? —preguntó Voltaire mientras Juan empujaba la silla de ruedas hasta una rampa descendente, la cual conducía al jardín.

—Sí, pero prefiero la cerveza. Sobre todo en días tan calurosos como el de hoy —lo dijo secándose el sudor de la frente con la muñeca.

—Aquí en Ferney hay buenos maestros cerveceros, aunque... echo de menos tomar un buen Burdeos en los salones de Versalles. A pesar de la ineptitud de la nobleza he de reconocer que para este tipo de cosas saben sacarle el jugo a la vida.

Con estos últimos comentarios Juan certificó que el anciano tenía la cabeza totalmente ida. ¡Creía que estaba en Suiza!

El césped se encontraba en un estado excelente, como si se regara todas las mañanas. Era un recinto amplio, con una gran variedad de árboles frutales. En uno de los extremos un pequeño huerto donde se podía distinguir sin problema las distintas hileras de hortalizas plantadas: tomates, pimientos, judías... Todo el perímetro estaba cubierto por un seto de gran altura, daba la sensación de estar dentro de una fortaleza a salvo de los peligros del exterior.

Se protegieron del sol debajo de un sauce llorón donde había colocada una mesa y varias sillas. Frente a ellos les saludaba un gran nogal con sus ramas desnudas.

Estuvieron charlando sin descanso, saltando de un tema a otro anárquicamente sin ningún orden establecido: comida, música, viajes... Apareciendo —de manera inevitable— la ciudad de Lisboa.

—Terrible desastre el terremoto del cincuenta y cinco —dijo el viejo con el rostro entristecido—. Filósofos que gritan: "Todo está bien", ¡vengan y contemplen estas ruinas espantosas!

Esos restos, esos despojos... —recitaba de memoria sus versos.

Juan volvió a notar la ira de Voltaire hacía los racionalistas. Esta vez se ahorró cualquier comentario y recordó su reciente viaje a la capital lusa: bonita, bulliciosa, y con ese aire decadente de ciudad vieja que te engancha nada más pisar sus calles empedradas. En su corta estancia de unos días, tuvo la sensación contradictoria de tener que descubrir Lisboa a toda hostia, mientras que la calma y el placer de contemplar los atardeceres desde cualquiera de sus miradores era de obligado cumplimiento: el rojo de los tejados y los brillos del sol reflejándose en el estuario del Tajo. Todo un espectáculo de luz y color.

—Le aseguro Francisco, que la ciudad está más en forma que nunca —dijo Juan después de un silencio prolongado.

—Se dice en los círculos más entendidos en la materia que el marqués de Pombal está realizando un excelente trabajo —habló el viejo mientras reclinó su cuerpo en la silla—, copiando el trazado de las calles de París.

—Sí. Las calles de Lisboa. "Mi paseo callado es una conversación continua, y todos nosotros, hombres, casas, piedras, letreros, y cielo, somos una gran multitud amiga, que se codea con palabras en la gran procesión del destino" —citó a Pessoa y se acordó de la estatua de bronce que se encuentra fuera del Café A Brasileira en el barrio del Chiado, donde los turistas se sientan en la silla vacía al lado de Fernando, y se sacan la típica foto. Esa silla metafórica que representa sus distintos Álter egos.

—Bonitas palabras, ¿Son tuyas?

—No, son de un amigo portugués.

—Felicítale de mí parte.

—Lo haré, que no te quepa la menor duda —dijo Juan con la certeza de saber su intención de volver a Lisboa.

Es lo primero que pensó antes de abandonar la ciudad, regresar para disfrutar de todos sus tópicos y suvenires: La saudade del fado, el traqueteo de sus tranvías, el olor a sardinas asadas por San Antonio, perderte por las intrincadas calles de Mouraria y Alfama, la cordialidad de sus gentes y ese sentido del humor de los lisboetas, con cierta fatalidad y resignación de estar viviendo encima de una falla.

Aunque la excusa principal para volver a Lisboa, fue esa sensación de marcharse sin haber conocido del todo la ciudad por falta de tiempo.

Como si Francisco hubiera adivinado sus pensamientos, dijo:

—Resulta paradójico, ¿no crees? Todos en las iglesias encendiendo velas por sus muertos, y lo único que se libra del terremoto es La Alfama el barrio más pecaminoso de la ciudad. Terrible revés para la fe cristiana.

Antes de que Juan pudiera responder, una enfermera guapísima «no podía ser de otra manera» se acercó y se llevó a Francisco. Tenía que merendar y tomar su medicación.

Juan aprovechó y se dirigió a la sala de relax con la esperanza de encontrarse con Magdalena.

Entró en la sala, no había nadie. Sacó un café y un sándwich de atún con pinta de no estar muy bueno, de la máquina expendedora.

Pasados veinte minutos subió a la segunda planta donde se encontraban las habitaciones. La enfermera le había indicado el camino para recoger al paciente antes de largarse con 'Voltaire'.

Había puertas a los dos lados del pasillo. Algunas de ellas, aparte del número tenían el nombre de personas ilustres: Karl Marx, Jesucristo, Einstein... Le sorprendió Francisco, que ya venía con su silla de ruedas por el pasillo.

Las paredes eran blancas, las puertas de madera lacadas de marrón oscuro, y en el suelo había alfombras rojas. Toda esa parafernalia se parecía al hotel de "El resplandor".

Bajaron en el ascensor y se dirigieron al salón acristalado, esta vez la conversación viró hacia otros derroteros como el espíritu libertino y las amantes.

La jornada laboral pasó en un tictac, cuando quiso darse cuenta la enfermera volvía a buscar al viejo.

—Hasta mañana joven, ha sido un placer tu compañía, espero que este siglo de las luces ilumine tu camino — Francisco se despidió con un apretón de manos.

Juan entró en el vestuario, abrió su taquilla, se quitó la ropa, y se dirigió a la ducha. ¡Sorprendió! —O más bien se sorprendió—, María y Magdalena se estaban enjabonando el cuerpo la una a la otra mientras reían.

—Perdón —exclamó avergonzado.

—No pasa nada —le tranquilizó María— Parece que te has alegrado al vernos —le dijo dirigiendo la mirada al miembro erecto de Juan.

— ¿Quieres acompañarnos? —preguntó Magdalena.

Se acercó y sus cuerpos se fundieron en besos y abrazos.

El agua tibia amortiguaba la subida de la temperatura corporal.

Pablo y Pedro aparecieron vestidos y con cara de pocos amigos, detrás de ellos Voltaire puesto en pie hablaba en modo imperativo:

—Apresarlo e inyectarle morfina, luego llevarlo a la sala de extracción de células jóvenes. Necesitamos recuperar de inmediato a nuestros compañeros Newton, Diderot, Rousseau...

—Maestro, ¿Rousseau también?—se sorprendió Pedro.

—Por supuesto, ¿con quién si no disputar y rebatir? ¿Qué sentido tendría la vida? —dejó la pregunta en el aire.

Pablo le apuntaba con una Luger 9mm a la cabeza, a la vez Pedro, con una goma le hacía un nudo en el brazo.

—No te preocupes chaval, abriremos las puertas del cielo para ti, tu viaje acaba de empezar —le susurró Pedro al oído mientras empujaba el émbolo.

Juan notó un reguero cálido que descendía por su pierna desde su pene flácido.

En el suelo de las duchas un desagüe engullía el líquido amarillo. Poco después la luz se apagó.

Por: Miguelitos.

Ermuko Udal Liburutegia / Biblioteca Municipal de Ermua